

18357

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

Ciencias

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CONTADURÍA
INVENTARIO DE 1914
Nº

DIRECTOR:
ROBERTO A. GUIDI

ENERO DE 1914

NÚM. 7



775

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

Y.332(200)

1012

EL INDIO ARGENTINO

SU CONDICIÓN ACTUAL Y LOS DEBERES QUE IMPONE

Es un problema de permanente actualidad, de apremiante solución, el que plantea el indio, con su existencia que perdura sobre estas tierras, de las que fué señor. Interesa desde luego al sentimiento; pero es además grande por su significación histórica y sociológica. Deseamos, pues, que él preocupe intensamente a la opinión y al gobierno. Véasele cuanto antes a la luz de la justicia y del patriotismo, y tenga la solución amplia y noble que reclama.

La urgencia es esencial en la cuestión, ya que, sin asentimiento nacional, sin esperar la decisión de la república, los hechos la van resolviendo en forma definitiva. Un poco más de silencio, de expectativa y de vaciación, y ya no habrá cuestión que resolver: ella estará concluída, con el exterminio de los aborígenes. Para esto basta el sistema que implantó la conquista y prevalece todavía, no solamente en la Argentina, sino en casi todo los países donde quedan indios. Quiere el triste destino de esta raza desvalida que las riquezas de su suelo sean el instrumento de su suplicio. Si aquí hay obrajes, yerbales e ingenios de azúcar, en las otras regiones existen minas, goma, café... En la «Revista Industrial del Perú», luego de evidenciar la temeraria explotación del indio, dice Alejandro Garland:

«Parece que se hubiera hecho, desde el mismo día en que conquistaron los españoles estas tierras, todo lo posible para destruir la raza».

Hablando de los quichuas, escribe Eiseo Reclus :

«La explotación de las minas fué la causa principal de su infortunio, y el recuerdo de esa época dura de trabajos forzados es el que da a los indígenas una sonrisa tan triste, una mirada tan melancólica, cantos tan dolorosos».

Es la misma sonrisa, la misma mirada de los infelices indios que empiean sus últimas fuerzas en abatir esas inmensas selvas del Chaco y las Misiones, minas a flor de tierra, tesoros amontonados por los siglos, para entregarlos a unos cuantos mercaderes... Ciertamente que la esclavitud no es permitida aquí ; pero existe, porque el indio que no se somete a ella debe optar entre morir de hambre o morir porque roba para comer. El blanco se adueña de todo, y para concederle al indio la merced de la vida, le exige que se convierta en su animal doméstico. Por eso, todos los indios son esclavos o ladrones. Y hombres cultos, prensa culta, se hacen cómplices de la iniquidad, por la ignorancia de los hechos ; la verdad es motejada de leyenda, la humanidad de sensibilidad y, a la sombra de la controversia, la codicia va terminando su obra implacable de exterminio y lucro.

«Acabar con los salvajes es una de las tareas de civilización que debían conmemorar nuestro centenario... Si en la ocupación del Chaco resultara necesario tirotear a los indios, habría que tirotearlos». Así se ha expresado un diario bonaerense de los que gozan de favor en la opinión...

Tratándose de indios, no se dice «matar» siempre, aunque todo es matanza, y van millones de víctimas ; se emplean palabras ligeras o que velan un tanto la franqueza de la intención. Se dice someter, reducir, redimir, tirotear... Todo es lo mismo. La única redención que en definitiva ha conocido el indio es la muerte.

Ahora bien : ¿ llega la desgracia del indio actual hasta tal punto que sea imposible su incorporación a nuestro medio civilizado ?

Es común la confusión de los aborígenes en una sola masa criminal, sin distinción de razas, tribus y edades. Difunde tal confusión el interés de los explotadores.

En las regiones frías, la vida es penosa, el alimento impropio, la necesidad del sustento obliga a la matanza continua que endurece el corazón y favorece los sentimien-

tos crueles, la inclinación a las aventuras y las pasiones violentas. Los indios de estas latitudes son moralmente muy inferiores a los que habitan en climas más benignos. Sienten la necesidad de ejercitar su astucia y su fuerza, aman la lucha, son muy carnívoros y voraces, cazan ganado a falta de los animales silvestres que antes abundaban. Son polígamos y borrachos. Así son los araucanos y los techuelches, en su gran mayoría de origen chileno. Aquí, en estas regiones, se encuentran grupos de costumbres bastante moderadas.

El indio de clima templado o cálido es muy distinto: es otro tipo: dócil, sobrio, pacífico, en consonancia con la suavidad del clima y la abundancia de frutos que le brinda pródigamente la naturaleza. Todos los misioneros, naturalistas y viajeros concuerdan en esta opinión.

Fray Guido Depedri, prefecto de la misión San Francisco Solano, establecida en Tocaglé, lugar del Pelicano, a 76 leguas, siguiendo el curso del río, de la boca del Pilcomayo, ha expuesto hace pocos años sus opiniones, dignas de ser acogidas con respetuosa consideración, porque vienen de un hombre inteligente, veraz y con gran caudal de observación.

Basta la existencia de estas misiones, en la soledad y entre los salvajes, sin fortines ni soldados, para evidenciar la mansedumbre de los naturales.

«El indio es hoy por hoy — dice fray Depedri — el «mejor» y acaso el «único» elemento posible en la explotación de las riquezas del suelo. Son dóciles y pacientes, soportan, gracias a su frugalidad, las dificultades de la alimentación escasa, y, sobre todo, y a pesar de lo que se diga, son mansos y buenos, susceptibles en alto grado a los beneficios de la civilización... Se acercan a la vida civilizada, les gusta andar vestidos y limpios; lavan su ropa y la cuidan, y en cuanto a moralidad no se les puede reprochar nada grave. Se avienen con alegría al trabajo del hacha y de la azada; construyen ladrillos, tejas y levantan con material sus propias habitaciones. Hay algunos que, con práctica suficiente, serían muy hábiles en oficios manuales. Los niños concurren a la escuela de la misión con asiduidad y contracción ejemplar; son aplicados y progresan rápidamente».

He leído y conservo muchas otras opiniones autorizadas; todas son concordantes. Me he acercado a las fronteras de la barbarie, en el Paraguay y en la Argentina, he conocido muchos indios, he recogido impresiones de toda clase de gentes que han vivido y trabajado en obrajes y yerbales. No hay para qué repetir lo que en la anterior transcripción está perfectamente sintetizado. «La fiera» es dócil, paciente, frugal, adquiere fácilmente hábitos de trabajo y fácilmente se adapta a la vida civilizada.

Pero, se dirá, si los indios son así, ¿cómo se explican sus robos, sus venganzas y sus borracheras?

¿A quién habrá que pedir cuenta de esto, a los indios, o a los blancos? ¿Quién inició el despojo, la perfidia y la crueldad? ¿Quién probaría que los bienes naturales son de cualquiera menos de los aborígenes? ¿Quién, llamado a juzgar con conciencia pura y recta, llegaría a otra conclusión que el remordimiento, la inmensa piedad y la certidumbre de que se debe una amplísima reparación, respecto de esa raza infeliz, despojada, hostilizada, esclavizada y perseguida desde hace trescientos años, y que todavía hoy se acerca, sonríe, sirve y beneficia a la «fiera blanca»?

¡La explicación de los malones! Hela aquí expresada con profunda justicia. Apareció en la columna editorial de «La Nación» de Buenos Aires, el 1.º de Julio de 1907:

«Se ha podido comprobar que los indios fronterizos son en su mayoría gente mansa, accesible a los beneficios de la civilización, cuyas rebeldías sólo estallan cuando son provocados por las exacciones a que se les somete en los obrajes. La historia de los malones se sintetiza en pocas palabras: «Oh, qu'il est mechant ces animai lá!» — podríamos repetir para explicarla: «il se défend quand on l'attaque»...

Un franciscano, interrogado sobre este punto, contesta textualmente: «¡Ah, señor, es que con los indios se repite la fábula del pintor y del león! No son ellos los que transmiten los telegramas y, sobre todo, no son tampoco propietarios de obrajes ni hacendados. En ninguna misión hay ejemplo de que nunca se hayan producido malones ni insurrecciones... El indio es la presa del egoísmo, se explota su credulidad, se excitan sus instintos hacia la em-

briaguez y, en una forma o en otra, se le arranca el producto de su trabajo, mediante un sistema financiero muy sencillo y eficaz, cuyos resultados son los de que, cuanto más suda y trabaja, más se endeuda y esclaviza».

En la capital del Chaco surgió la iniciativa de una sociedad protectora de los indios. Surgió allí, porque allí se ve y se sabe que «no son ellos los que transmiten los telegramas». Desgraciadamente, han pasado tres años y la protección no llega...

En cuanto a la inclinación del indio a la embriaguez... si ella necesita mayor disculpa en un salvaje, considerando lo que ocurre en las sociedades de más alta cultura... y después de leer las estadísticas del consumo de alcohol en Alemania e Inglaterra, por ejemplo... comencemos por preguntar, a quienes de tal defecto se lamentan, quién es el que lleva el alcohol a los obreros y yerbales... ¿Son ellos mismos, los expoliadores!... Y he aquí el motivo, expresado con severa imparcialidad: «Esta tendencia a la embriaguez, que está latente en el indio, es objeto de una odiosa explotación... Los atraen con el olor de la caña y junto con el sentido les substraen el producto íntegro de su trabajo en el año, en una borrachera continua, que dura lo que el dinero».

Para mayor facilidad, el indio no es pagado en moneda: recibe vales, convertibles en especies, que se le entregan a tasa fabulosa en tiendas ad hoc, establecidas por el propio patrón. Y así, después de meses de durísimo trabajo, regresa el pobre indio a la toldería, donde lo esperan su mujer y sus hijos, miserable como cuando salió, debilitado por las privaciones o consumido por el paludismo... ¿Es esto lo que da la civilización?

¿Tendremos aun la osadía de pedirle cuenta al indio de su miseria y de sus vicios?

Un fraile salesiano que en mayo de 1908 pasó por Montevideo, en viaje a Río de Janeiro, con una banda de música formada por «Bororós boronaos», hacía notar a un periodista la facilidad con que se civilizan los salvajes, y la diferencia entre aquellos indios robustos e inteligentes y los de la Pampa.

«¿Por qué — decía el misionero — se hallan estos últimos degenerados? Porque los civilizados los han hecho

maestros en todas las abyecciones y borrachines empedernidos... ¿Y se ha parado ahí la obra de los hombres civilizados? No, ha ido mucho más lejos. Descubrieron que las tierras eran buenas para criar ovejas y emprendieron el desalojo de los indios. La acción del alcohol, aunque eficazísima, era demasiado lenta. Hubo que buscarle un sucedáneo más activo: la caza, y para estimular a los cazadores se pagaba un tanto por cada cabeza de indio. Los indios empezaron a mermar como por encanto»...

Recordemos, de paso, que en la famosa reconquista del desierto se quitaban los hijuelos a las madres para enviarlos a Buenos Aires, donde se repartían como cosas... Fué un sistema, no una excepción. Los rebaños de niños así sacrificados fueron muchos y numerosos; llegaban uno en pos de otro, con breves intermitencias; la gente se disputaba la mercancía; todos pretendían que se les diera un niño, un siervo, un sirviente que no costaba nada; familias hubo que monopolizaron hasta media docena... ¡Costará encontrar en los tiempos modernos una violación más absoluta de las leyes divinas y morales! Busquemos antes la explicación de estos malones y cautivos, y pasemos después a los malones y cautivos de los indios.

En agosto de 1907, llegó a esta capital un anciano sacerdote, explorador, que hizo toda la campaña del Paraguay: el padre Caraballa. Volvía de un cautiverio de largos años entre los tobas. No se lo comieron, ni lo mutilaron. No huyó tampoco: los salvajes le dieron la libertad, y en salud, a pesar de su ancianidad... No sé si los cautivos de los blancos dirían otro tanto... Pudo explicar así el padre Caraballa los motivos que tienen los indios para usar armas. Mostraban — son sus palabras — mucha afición al tiro, porque el cacique les anunciaba que pronto se presentarían «a pelear los blancos, para desalojarlos y quitarles la tierra».

Quédame por analizar el reproche de receloso y taimado que se dirige el indio, con ironía demasiado cruel.

Bajo la boba malicia de la ignorancia, el indio posee la inocencia del niño, como todo salvaje. Su candidez enorme hace que todavía se aproxime al blanco... ¡Oh, cómo de inocencia!

A este propósito, recordaré dos anécdotas de un viajero que recientemente atravesó las tolderías de los tobas y matacos, en las proximidades de Río Ancho, afluente del Paraná.

«Una muchacha como de 14 años, bien parecida — dice — insistió para que le diese una pollera punzó. Ella ofrecía, por tan excelente prenda, una tabaquera de buche de avestruz. Ofrecíle en substitución un sombrero, con cintas y moños, y yo mismo se lo coloqué, para que los demás vieran lo bien que le quedaba. La cosa causó hilaridad en los espectadores; pero la muchacha no aceptó el trueque. Otro indio trajo una fruta de la cual se extrae un líquido de coloración violácea, empleado para teñir la lana y las fibras de caragatá; la examiné, pregunté su nombre, su utilidad, solicité explicaciones sobre la operación de teñir. Probablemente creyó el dueño de la fruta, juzgando de su importancia por mi interés, que se trataba de alguna maravilla, y pidió, en cambio, como una cosa muy natural, la levita de color gris claro. Era una insensatez: así lo comprendieron todos los indios y se echaron a reír a carcajadas».

El mismo viajero habla de un indio cuya inteligencia y nobleza de carácter lo sorprenden. «Más que nada lo caracterizaba — agrega — el sentimiento de la delicadeza personal».

Todo esto hay que considerar en la apreciación moral de los aborígenes, para no continuar, como hasta el presente, en complicidad con la expoliación disimulada por la ironía y la impostura.

A la nación Argentina no la arredra el dolor de la verdad, porque sabrá curarlo con la justicia y la clemencia.

Para negarle al indio hasta el derecho a la vida, se han buscado y citado a menudo argumentos hasta en la antropología. «Por lo demás — dicen — es un hecho histórico que las razas de distinto tronco no se funden, sino que se superponen; así es que todas esas fantasías sobre la incorporación del indio a nuestra vida civilizada son sentimentalismos del absurdo». (En «El Diario», 1.º de Julio de 1907.)

Lejos de existir tal hecho histórico, abundan los ejem-

plos en sentido contrario. La fusión de razas de distinto tronco ha sido sostenida y comprobada por numerosos y eminentes sociólogos y economistas. Me limitaré a citar la opinión de Leroy Beauliéu ; es reciente : «En el Perú, como en Méjico, los mestizos de indio y blanco son vigorosos, inteligentes. La explotación de los países de los Andes debe quedar confiada a la raza mestiza de indio y blanco, que es «muy capaz» de llevarla a cabo».

Como lo dice el gran sociólogo italiano Napoleón Colajani, «la superioridad de una raza es cosa relativa al momento histórico en que se la considera, y resulta de un conjunto de factores, de circunstancias, *de las cuales tal vez las étnicas son las menos importantes*».

En el cómputo de antecedentes sobre este punto, el doctor Luis Pesce llega a la conclusión de que «la corriente moderna de las ideas ha convenido en considerar a las razas, hasta hoy llamadas «inferiores», como razas «mal o insuficientemente preparadas», o «retardadas en el camino de la humana evolución».

En definitiva, no es más que un prejuicio la creencia de que una raza se debilita en contacto con otra superior ; fórmase, en tal caso, un tipo de gran vigor e intenso poder evolutivo — como lo prueban múltiples ejemplos de americanos mestizos que han descollado en la milicia y en las letras, — gracias a la adaptación al medio y la extraordinaria facultad de asimilación que caracterizan a la raza atrasada. La degeneración o desaparición de los indígenas se deben a causas bien ajenas a la fusión, cual es la destrucción sistemática en ciertas colonias inglesas y en gran parte de América.

¿ Por qué no han de resultar frutos hermosos y sanos del injerto de sangre europea en tronco indígena ? En las otras especies, ¿ no se procede así con excelentes resultados ? En los vegetales, ¿ no se utiliza el tronco indígena para injertar la variedad selecta ?

La fusión de sangres es aquí complejísima, está librada al azar de las corrientes migratorias ; todos los tipos del orbe entran en ella, algunos, por cierto, de medrada estampa y visible miseria fisiológica, otros con el estigma de una degeneración que aquí se detiene o cura a expensas

de la salud colectiva; ¿por qué la exclusión únicamente para el indio?

Si esta exclusión es una enorme injusticia, porque envuelve la negación de incuestionables derechos de concurrir a la nacionalidad, ha de tener castigo, ya que existe una relación íntima, profunda, inevitable, entre las cosas morales y las materiales que Dios ha establecido y Dios mantiene, aunque nuestros pobres ojos no la vean y nuestra débil razón pueda negarla.

¿Quién sabe la sangre indígena, sin piedad y a torrentes derramada desde ha siglos, qué misteriosas influencias no debería ejercitar en el organismo de estas colectividades! ¿Quién sabe qué funciones de preservación, de indemnidad, de renovación la estaban reservadas, por su prolongado contacto con la naturaleza! ¿Quién sabe no era ella la panacea prescripta para que la humanidad, en el Nuevo Mundo, limpiando su cuerpo y su alma, recomenzara la marcha con el vigor del rejuvenecimiento!

¿Cuál es, en suma, la solución que la república, América, inspirada por su ejemplo, debe dar al problema del indio?

En el Perú, en Méjico, la densidad de la población indígena acrece la importancia económica de la cuestión; pero intrínseca y moralmente, ella ha de interesar lo mismo al pensamiento americano de todos estos países.

No veo por qué valorará más el argentino las tierras o las selvas, que los indios, ni por el lado del patriotismo, ni por la riqueza material.

¿No valen más los hombres que los árboles?

El erial ¿produce algo sin cultivo? ¿Por qué, entonces, no cultivar también al indio, cuyos frutos pueden ser más preciosos que el trigo y que las vigas de cedro y de lapacho?

Si la tala de los bosques, en beneficio de unos pocos hombres, es una locura económica, pues se prepara con ella el trabajo de la deplantación para las generaciones venideras, ¿qué no será el exterminio de los aborígenes, buscado sin un día de arrepentimiento positivo!

Verdad que en algunos países existen — ¡todavía! —

indios en número apreciable ; más en otros ; ya no los hay ! ; en otros, como en la Argentina, quedan unos millares arrinconados, que andan ocultándose, que molestan, cual restos insepultos del horrendo sacrificio !

¡ Un poco más de silencio, de «tirotear» y de codicia, y la tierra los cubriría completamente !

Pero esta solución es demasiado feroz. No es posible aceptarla sin la apostasía del credo americano, sin salirse moralmente de las fronteras argentinas.

Demostrado por la evidencia de los hechos que las tribus aborígenes de la Argentina son, al presente, y a despecho del furor homicida desencadenado sobre ellas, aptas para la coexistencia con la sociedad civilizada ; que, ni remotamente, pueden constituir un peligro para esta nación, organizada y poderosa ; que, gracias a una política humanitaria, ellas darían obreros fecundos al progreso, a la patria ciudadanos de arraigo, a la moral universal hombres dignificados ; surge la convicción de que el indio tiene mejor derecho que el inmigrante a la protección social, como primer ocupante del suelo, desposeído de sus bienes naturales, y de que la migración interna sería tan provechosa, por lo menos, como la inmigración.

Si el indio fronterizo es manso y laborioso, háganse a todos los indios fronterizos, y todos ellos serán ciudadanos útiles en la paz, ciudadanos abnegados en el caso improbable de una guerra, como lo fueron ya muchos de ellos en las jornadas heroicas de la independencia, luchando y muriendo, con una bravura incomparable, por esa misma patria que, con tardía gratitud, les ha de erigir después un monumento... Allá, en su obscura conciencia, el infeliz tiene algo que es el patriotismo, aunque mil veces los que parecían mensajeros de la patria los han acosado a tiros, como a los pumas y jaguares.

¿Cómo ha de ser una gloria militar la persecución y matanza de indios? Es, para mí, la antítesis de la gloria militar.

¿Cómo ha de ser cabal la beneficencia argentina, si no contempla y ampara a los indios? ¿Cuáles son los habitantes más pobres, más ignorantes, más dignos de piedad y protección?... ¡Tantos asilos, tantas instituciones piadosas!... ¿Y todas aquellas manos de mendigos que

se alzan a millares en el desierto y en las selvas, implorando la caridad de la república?

No es siquiera decoroso postergar el cumplimiento de tan sagrado deber, con la proiongación de una polémica ya demasiado larga y el análisis harto escrupuloso de los medios a emplear. Con menos parcimonia se procedió a dictar leyes y a fundar instituciones de protección de animales, aunque el animal no recibió nunca en América el duro trato que ha merecido el indio, ni ha estado nunca como éste en peligro de ser exterminado... Haced que abrace al indio, con su dulzura inefable, aquella plegaria antigua: «Puedan permanecer libres de dolores todos los seres vivientes!»

Dejemos a un lado tanta dialéctica, para que no se repita el caso de la junta de doctores, muy larga, muy laboriosa y muy inútil, porque cuando se terminó ya se había muerto el enfermo. Lo esencial no son los medios, ni se excluyen entre sí. La colonización, la escuela, el riel, las misiones... todos son buenos medios. La solución no está en los programas, sino en los hechos; está en la dignificación del indio, en conquistarlo para la patria y la civilización.

El primer paso es alejar de su espíritu el temor del blanco, el temor del soldado; ese espanto que tiembla en la América indígena desde los tiempos de los Cortés y los Pizarro.

Luego, dadles partes en la heredad, personería en los estrados de la justicia, luz, porque están ciegos, amor, porque están doloridos del martirio más cruento y prolongado que conoce la historia.

Dictad una ley — que será la más hermosa y la más noble del código argentino — declarando a los indios hijos menores de la patria, colocados bajo su amparo y potestad, y que en tal concepto, tendrán de ella garantías en el trabajo, ropas para cubrir su desnudez, vigilancia higiénica y hospitalización, toda la ayuda material y moral que necesitan, hasta tanto salgan de la precaria y lastimosa situación en que los ha dejado la conquista y repoblación del territorio.

¿Cómo no se ha realizado esto todavía?

Deploro haber llegado tarde a la vida, para salvar

las últimas tribus en mi patria ; yo los hubiese amparado del asesinato a aquellos valientes ciegos, y esta obra me habría servido para pagar algo a Dios del beneficio que me da de iluminar mi espíritu.

Quisiera, pues, para la Argentina — la hermana predilecta de mi patria — la gloria de repudiar en los hechos toda solidaridad con las monstruosas crueldades de la conquista ; la gloria de purificarse de esta herencia de culpa y de impetrar la absolución de la posteridad para nuestra raza ; la gloria de resarcir, en bondadosa moneda de clemencia y de amor, una porción del inicuo despojo infligido al hombre americano ; la gloria de dar al mundo un bello ejemplo de equidad con el débil, de regeneración por la cultura, de comprensión de la fraternidad, de acatamiento a las supremas leyes.

Acaso serían estas sus más grandes conquistas en la presente centuria.

CONSTANCIO C. VIGIL